

ALBA OMIL¹

LOS POTROS DE LAS NIEBLAS

Aquí, en el campo, las nieblas de los atardeceres suelen llegar lentas, espaciadas. Pero llegan, con su carga de espanto y de magia que se traga los árboles con toda su verde hermosura, para dejar, en cambio, esos hongos gigantes, sin color y sin cantos de pájaros. Y más: sobre el camino viejo, acolchonado por los grises del silencio —¿del olvido?— comienza a crecer el galope sordo e inexplicable de los potros. Vienen. Trote sordo, sí. Creciente. Ya sabemos.

Los montan los espectros de aquellos que se fueron y ahora retornan al amparo del ropaje gris, a ocupar sus antiguos espacios. ¿De dónde vienen? ¿De los oscuros huecos de las muerte? ¿De las insondables cavidades de la memoria? ¿De nuestra hambrienta soledad, tan sola que es solo eso, soledad?

Se acercan, resonando, por el camino pedregoso del que antes fueran dueños. Resonando también en nuestro corazón. En el recuerdo. Arropados por las nieblas y por la voluntad de olvido.

Nunca llegan. Pero siempre regresan.

LA TELARAÑA

Aquella noche, como tantas otras noches de insomnio y desesperación, empecé a trepar por rígidos carriles hacia el lejano centro

¹ Escritora y promotora cultural de amplia trayectoria docente y colaboradora regular en varios diarios y otras publicaciones eventuales y periódicas. <http://albaomil.blogspot.com/2007/04/quien-es-alba-omil.html>

de la espiral donde está la cabeza de interminables ojos que, según mi abuela, es la bella, infinita y misteriosa cara de Dios (pobre, mi abuela, santa era, que el Señor la tenga en su elevadísima gloria) pero que, según yo, es otra cosa, indefinible, dueña o depósito de misterios que ni la Biblia ni el Corán ni la Torá revelaron nunca, y hacia la que yo marchaba, movida por los impulsos inconscientes generados por las dudas del alma, pero a la que nunca pude llegar porque por una u otra cosa, se me atraviesa en el camino, un remolino en contra (“el diablo anda ahí, por eso los reventones” anunciaba mi abuela con tono de profeta), que me envuelve, me ciega y me arrastra, en sus tumultos, hacia otros destinos, como este, en el que estoy ahora, sin saber para dónde disparar, pero con aquella cara misteriosa dominando desde el centro de la telaraña, e impresa en mis pupilas inocentes y desesperadas.



El mal acecha
(2010) © Gerardo Piña Rosales